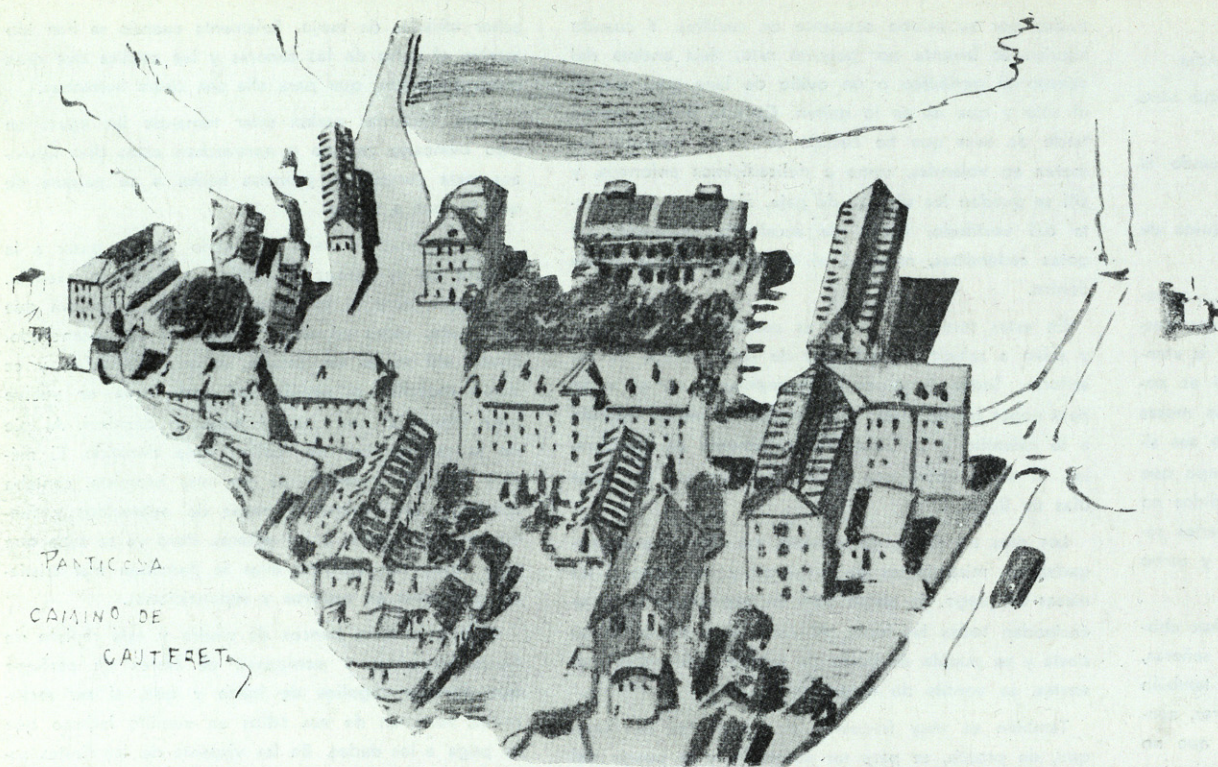




BALNEARIO DE PANTICOSA. DIBUJO DEL ARQUITECTO E. AMANN (†).

LOS BALNEARIOS

Aguas viejas, conocidas desde siempre y con fe utilizadas.

Aguas minerales.

Aguas burbujeantes, hirvientes, tibias, fresquísimas.

Aguas cargadas de mal olor o dotadas de exquisito sabor.

Aguas buenas para los males del hombre. Y fangos.

También algas.

En otros países, además: Casino con ruleta. Alta vida social. Famosos.

En todas partes, barcos varados, los balnearios, para travesías esperanzadas—puerto del no dolor, al fondo—de duración de días siempre impares. No se sabe de nadie que desafiara sin riesgos la magia de los números, de nadie que bebiese agua, se sumergiese en agua, se embarrara o hundiera en algas un número par de veces. Estamos ante la actuación de una fuerza viva de la Naturaleza: conviene el sometimiento a sus ciclos exigentes, si se quiere aprovechar su beneficioso poder sobre la naturaleza del hombre. ¿Naturaleza? ¿Sólo naturaleza?

Hace medio siglo—y hace más y hace también menos—, a las consultas de los médicos de cartel llegaba siempre la señora,

en secreto, en visita previa a las concertadas, para rogar con temblor de manos que les fuese aconsejada al marido o a ella la cura de aguas, pero no de las nuestras, sino de Baden-Baden, Spa, Vichy, Carlsbad... o incluso Luchon, que está al otro lado de Panticosa, pero tras la raya de Francia. Y los doctores eran comprensivos: los enfermos, si ello era conveniente sin duda alguna, debían tomar las correspondientes serenas aguas balnearias de aquende la raya de Francia y, aliviados, para la temporada siguiente se les recetaría que fueran a Spa o a Baden-Baden—sin dejar de recorrer la Selva Negra—, o al bohemio Carlsbad, o al famoso Bath para beber también urbanismo, el curioso urbanismo de origen balneario de Wood of Bath...

Y se les recomendaría que, además de los casinos termales, visitaran los del camino y acudieron a los festivales vecinos, o procurasen alcanzar una punta de "season" en Londres, París, Venecia, Viena. Para todo lo cual—el año que viene—el doctor no solía ver ninguna contraindicación. Y con todo lo cual, en Cestona o en Archena, en Guitiriz o en Arnedillo, en El Raposo o en las termas del Molinar de Carranza, el paciente iría programando sus salidas de viaje y sería

feliz. Porque no hay mayor felicidad viajera que la que produce programar un viaje sobre guías, planos, mapas, horarios...

Tiempos otros, siglo nuestro apenas comenzado en su versión puramente novecentista—color, malva; flor, acacia; trebejo, sombrilla—. Tiempos de entreguerras—corte de pelo en Francia, chalecos de camello ingleses, bolsos de Viena—. El vivir de las clases altas exigía expansión. Pero el vivir expandido requería justificaciones plausibles, que eran exigidas por la gente a cuantos no pertenecían al grupo de los que enviaban a lavar y planchar su ropa a Londres, por empleados del Sud-Express, en sacos especiales. Quienes tenían lavadero en casa y planchadora en casa no podían hacer sin más ni más vida de alto correr por los festejos de Europa. De aquí que se buscara receta médica para acudir a los casinos balnearios.

Obtenida la receta, o la recomendación, o la inhibición del médico, se podía proceder a dejar a la familia perfectamente acondicionada, atendida por un equipo profesional: amas, aña, fräulein (le traerían el regalito de Carlsbad), miss, mademoiselle, y la tía que tan bien les entiende a todos. Tras esto, y con marido o sin marido al flanco,

según las circunstancias, y un guardarropa que se completaría al pasar por París—porque sin pasar por París no era posible que ningún agua extranjera hiciera efecto saludable—, los agüistas se sacrificarían a consumir el vaso de agua francés, belga, inglés, alemán, italiano o bohemio. El caso era... muy comprensible.

Recordemos que los grandes balnearios de Europa han sido los centros de reunión anual de las gentes pertenecientes a la alta sociedad europea, gentes que daban acogida cordialísima a algún que otro millonario americano—de cualquier América—o a alguna que otra criatura de sangre real perteneciente a cualquier continente, sin discriminación de piel.

Los especialistas dirán si las aguas termales, además, sanaron a las gentes, si los casinos les templaron o destemplaron las fortunas y con ello aquietaron sus nervios, o si, o si... Pero téngase en cuenta que a fines del siglo XIX y en nuestro XX joven, la diferencia entre los balnearios de España y los del resto de Europa es tan inmensa, que ella sola justifica el planteamiento de la cuestión tan debatida acerca de si España es o no Europa. Piénsese simultáneamente en Solares y en Evian. O mejor dicho, compárense las heroínas de Palacio Valdés con las de Guy de Maupassant. Y no se busquen diferencias en la composición química de las aguas termales, porque no se hallarán casi nunca.

El turismo estable en una localidad extranjera—lo que hoy se hace en las costas con sol—se crió, si no nació, en los balnearios. Los festivales de arte nunca ignoraron las estaciones termales.

¿Y nuestros balnearios?

Los romanos ya utilizaron en la Península, como en todos los demás puntos del Imperio, nuestras estupendas termas, manantiales salubres, barro aprovechables, algas benéficas, etc. Y construyeron las obras oportunas para ello. Pero aquellas termas romanas han dado origen con el tiempo a un tipo de establecimientos curiosísimos: los balnearios habitados por los agüistas—perdón, por los señores agüistas—.

Cierto que en nuestros balnearios coincidieron siempre personas procedentes de todos los grados de la escala social, pero la tónica balnearia la daban aquí las mesas del tute, no las ruletas; tampoco las grandes orquestas, sino la niña que sabía tocar o el

señor que todavía se acordaba; no las grandes compañías de Teatro, sino los circenses ambulantes. Y así todo lo demás.

¿Para qué se usaban los balnearios, entonces?

Un poco, también, para la caza de maridos, y un mucho para fines terapéuticos. Que las aguas sirven, combinadas con un régimen balneario de desintoxicación, no tiene la menor duda. Imposible, sin embargo, discriminar hasta dónde sienta bien el baño y hasta dónde el apacible y descansado aburrimiento de un balneario.

¿Aburrimiento? No, que no.

Hay en los balnearios algo muy importante para los más: seguridad de compañía a todas horas. Hay, para muchos, certeza de intrigas, auditorio garantizado y posibilidad de ganar fama, que durará cuando menos hasta la próxima temporada de aguas, y aún pudiera ser que quedase unida a la fuente o a la piscina por los siglos de los siglos, mientras de la tierra aquella mane agua.

La fama se gana a fuerza de haber padecido antes, o durante la cura, o merced al éxito evidente de la misma. Los cuerpos revueltos por la acción curativa—no faltaría más—de las aguas son un espectáculo de Laoconte a lo vivo: consolador, atrayente, esperanzador. El ataque del mal que se padece, en las aguas, a nadie le causa disgusto, sino gusto evidente: se está asistiendo a la actuación sobre el mal del misterioso acuático genio mineral, vegetal, maloliente, que sabe a infierno. Y si, por añadidura, el médico del balneario certifica no haber asistido en aquel lugar a un ataque de tamaño envergadura, el entusiasmo con que los demás agüistas se lanzan al trago o al baño rebasa los límites descriptibles. En cuanto al atacado en plena cura, pasa a formar parte de los anales de la fuente en que bebió. No será compadecido: será envidiado y comentado. Los más amigos, los que solían estar junto a él en la cola del agua..., no le abandonan un momento y sostienen su esperanza viva: es el último dolor que padecerá. Y apenas repuesto, el atacado puede abrir en el balneario tienda de consejos, academia de saber o anunciar lo que se le ocurra: tiene crédito abierto ante la asamblea. Es ya un famoso.

Los enfermos crónicos, en su ambiente, es sabido que tienen dificultades grandes para hallar auditorio capaz de comprender sus cotidianos sinsabores, sus pequeños

malestares y disgustos derivados o anejos al mal que padecen los infelices. Pero en llegando al balneario lo difícil será para ellos silenciar sus padeceres. Sin embargo, como cada uno de los oyentes está también harto de no estar bien y el hablar del propio mal supone escuchar males ajenos similares y en exceso consabidos, pronto la conversación deriva de los males del cuerpo a los *chismes* y cuentos acerca de conocidos y desconocidos. Y al cabo la conversación se convierte en hablar de los otros agüistas o de los otros huéspedes. Y se crean bandos, banderías, grupos, subgrupos. Es decir, se establece el reino del *chisme libre*, que tanto alivia los corazones dolientes por otras causas.

Las aguas navegan por los cuerpos—por fuera o por dentro—y las palabras salen al mar de un auditorio y producen gran satisfacción. Decir lo dicho, lo ha dicho, decía, es así, lo cuenta así..., sucedió, está sucediendo, va a suceder... La comedia del vivir de cada cual al fin tiene escena y público. El esfuerzo que supone representarla al actor-autor justifica el día vivido en el balneario; feliz día aquel en que se ha sido señalado entre la asamblea de nuestros semejantes. Esto importa sobremanera a los medio enfermos y a cierto tipo de personalidades. En general, a las personas les gusta sentirse perfectamente integradas en el grupo a que pertenecen en cada momento del vivir. Por eso, quienes llegan a un balneario—salvo excepciones, naturalmente—establecen amistoso trato con las gentes que en él se hallan, y así se crea buen clima de convivencia. Que esto importa resulta clarísimo en cuanto se considere cómo los nuevos *habitat* buscan la posibilidad de convivencia amistosa entre sus habitantes. Pero esta convivencia es muy fácil de establecer en un balneario, puesto que a todos los huéspedes les ha llevado allí un denominador común: su padecer, de tipo similar en todos ellos. Y a esto se añade que las posibilidades de diferenciación económica entre los agüistas de nuestros balnearios son escasas. Todo el mundo vive al mismo nivel: régimen médico. Y el régimen comporta no preocuparse por más asuntos que los relacionados con las aguas. Por añadidura, es evidente que las personas "encerradas" con otras personas—pero sin puertas—durante un tiempo breve y previsto libremente procuran dar de sí la mejor estampa, y con ello se garantiza una buena convivencia tempo-

ral. Cosa que también forma parte del cuadro curativo.

Yo no sé si las aguas, ellas, los barros, las algas marinas, los vapores naturales... curan efectivamente, o tan sólo alivian las dolencias que les son encomendadas. Pero sé que en nuestros días la vida de balneario podría volver a ser saludable para una serie de trastornos no clínicos propiamente hablando, sí muy desagradables, que se apoderan de las personas en la ciudad.

Hoy, al habitante de la ciudad no se le ofrece más salida para rehacerse del cansancio ciudadano que viajar, o lanzarse al turismo, o aislarse en la soledad de su propia vivienda ciudadana, o hacer una cura en algún balneario hispánico.

Nuestros balnearios están siempre en plena Naturaleza, y el acondicionamiento a que el turismo somete a la Naturaleza todavía no ha llegado a los más de nuestros balnearios, cuando menos. Es cierto que en muchos balnearios hay ausencia de comodidades y de lo que se llama lujo, pero ello queda compensado con la calidad de la comida y la salubridad del lugar, cosas que garantizan el bienestar natural del cuerpo, lo cual es no mal lujo.

Además, como en los balnearios se puede hacer papel de persona simpática, pero

también puede hacerse papel de persona rara, es posible vivir al gusto personal en estos lugares. Y seguir o no seguir la cura recetada y participar o no participar en las partidas de juego, en los cafés de chismes, etcétera. Pero en todo caso disfrutar de ausencia de ruidos trepidantes, marcapasos continuos del vivir en ciudad. Y sentirse libre de toda obligación, incluso de la de divertirse. Con esto, la distribución del día ha de ser ordenada—porque así lo impone el lugar—y la distensión de la fatiga ciudadana cede muy pronto. Sin duda, el agua, al correr, al manar, ejerce una acción benéfica sobre los hombres, y en ella hay paz y sosiego para los hombres.

En verdad, nuestros balnearios, que no llegaron nunca a desear siquiera la instalación de ruletas, deberían hoy ponerse a tono con los tiempos y encargarse de un servicio saludable esencial y cada vez más necesario: el de descansar a las personas que viven en ciudad, reajustándoles los cuerpos. A veces, nuestros relojes pierden de pronto su debido ritmo y requieren ser desmantados. A veces, las personas dejamos de estar a ritmo con la vida de la ciudad y mucho convendría que nos desmantaran en un balneario. Lo cual se consigue sacando del cuerpo la prisa que tiene incrus-

tada, el exceso de mal aire respirado, el sobrante de ruido acumulado y las demasiadas violencias a que es sometido en las ciudades el cuerpo de las personas. Y es necesario, además, enfrentar a las personas un tiempo con otras personas a las que no les vincula más nexo que el fluido de unas aguas, el mórbido de unos barros y algas.

Agua. Barro. Algas. Contra ruido y mal aire, contra prisa, remedio cierto y ase-quible.

Los viejos balnearios, puestos al día para seguir prestando un servicio salubre.

Los viejos balnearios, con ritmo natural y no forzado.

Los viejos balnearios, garantizadores de un tiempo de seguro aburrimiento, con cartelones que anuncien: aquí se bebe agua, se come ocio y se respira tiempo.

¿En verdad busca tiempo, ocio, agua el hombre?

En verdad creo que ocio, espacio libre, tiempo vacío, ritmo natural de vida y no ritmo desarticulado son bienes indeseables para la mayoría de las gentes de hoy. Sin embargo, creo que son bienes que deben ser puestos en circulación y merecen cartel. Aprovechen los balnearios el espacio que les brinda ese cartel. Anunciarse es florecer: no se olvide.



RECTIFICACION

En el número anterior de ARQUITECTURA, y en la información que se daba de un conjunto residencial en Madrid, se destacaban unas farolas de muy buen diseño. Se decía que eran proyecto del diseñador Miguel Milá, pero recibimos carta del arquitecto José Bonet, que nos aclara que han sido proyectadas por José Bonet y por Miguel Milá, rogándonos se haga constar en la revista. Queda complacido.